

llamar á esta crónica escandalosa *Cuadro fiel de los Papas?* Hé aquí cómo los herejes é incrédulos han escrito siempre la historia.

La caridad, el valor heróico, la vida humilde y pobre de los Papas de los tres primeros siglos, son hechos positivos; los monumentos de la historia deponen de ellos. Las luces, los talentos, el celo, la vigilancia laboriosa de los de los siglos IV y V son incontestables: sus obras existen todavía. Sus trabajos en el siglo VI y VII para disminuir ó reparar los estragos de la irrupcion de los bárbaros, y salvar las letras y las artes, son bien conocidos: los contemporáneos dan testimonio de ellos. Lo que han hecho los Papas en los siglos VIII y IX para civilizar á los pueblos del Norte es tan sabido, que los protestantes no han podido derramar sobre ello un barniz odioso, sino emponzoñando los motivos, las intenciones y los medios que han empleado. Es, pues, en la hez de los siglos posteriores donde ha sido necesario escudriñar, para hallar personajes y hechos que se han podido negar á discrecion: allí donde los enemigos de los Papas han bebido torrentes de la biiis que han vomitado, y en los que nuestros incrédulos modernos se han saciado de nuevo (1).

¿En qué tiempo ha habido Papas malos? Cuando la Italia estaba desgarrada por guerras intestinas y dominada por tiranuelos, que disponian de la Silla de Roma á su gusto, y colocaban en ella á sus hijos ó á sus hechuras, arrojando á sus legítimos poseedores, y cuando por miedo ó por soborno se hicieron elecciones simoniacas. Pero cuando la Iglesia ha sido libre para elegir á sus jefes, ha puesto sobre la Silla Apostólica hombres llenos de talento y de virtud.

Además, la mayor parte de los hechos acriminados á los Papas no están bien probados; una gran parte de ellos son referidos por herejes y cismáticos, por hombres de partido que han vivido en tiempo de alborotos, ó por escritores sin crítica, que acogían los rumores populares sin cuidar si eran verdaderos ó falsos; otros pertenecen á los años ante-

(1) Bergier, art. *Papa*.

riores á su elevacion al Pontificado; otros son calumnias manifiestas.

Cuando los enemigos de los Papas se escandalizan de que estos enriquecieron á sus parientes y les dieron pingües destinos y dignidades, sería bueno preguntarles si ellos en su caso no hubieran hecho lo mismo. Esto más bien fué falta de heroismo que de ordinaria virtud, por cuanto el despego total de los parientes es perfeccion evangélica más que virtud natural. Pero este abuso fué corregido severamente por los Pontífices sucesivos, y debieran confesarlo así los adversarios.

Por último, si ha habido algunos pocos Pontífices que no tienen disculpa, esto solo probará que eran hombres y que el Pontificado no los hace impecables. «Dios ha querido mostrar al mundo el espectáculo permanente de su Iglesia regida siempre por un hombre, y al propio tiempo, ha querido mostrar su poder en este hombre, tambien frágil y pecador, conservándole infalible en la enseñanza, bien que defectible en su conducta. Con esto ha demostrado aún á los más ciegos cuán poderosa es la asistencia que otorga á su Iglesia, puesto que no la pueden abatir, no ya las maquinaciones empleadas contra ella, pero ni los vicios de los mismos Pontífices.»

§ IV.—*Los Papas en sus luchas con los emperadores y reyes.*—*San Gregorio VII.—Alejandro III.—Inocencio III.—Bonifacio VIII* (1).

Todavía nos falta presentar á los Papas bajo otro aspecto que los honra sobremanera: su actitud en sus luchas con los emperadores, formando un paralelo entre las diversas circunstancias, y diversa conducta de unos y otros.

Desde luégo se admira en los Papas su justificacion, su lealtad en la defensa, su valerosa resistencia por amor á la justicia, y que nunca llegaban al último extremo del ri-

(1) Véase Gosselin, *Pouvoir du Pape sur les souverains au moyen-age*, Louvain, 1845.

gor, sino despues de haber agotado infructuosamente todos los medios humanos de persuasion. Por el contrario, los emperadores se distinguen por su infidelidad, por su ambicion, por su despotismo, y por los medios brutales que empleaban para conseguir sus proyectos.

Los Papas estaban en toda su debilidad, los emperadores en todo su poder; éstos tenían á sus órdenes ejércitos numerosos, aquéllos, reducidos á algunos castillos y á algunos súbditos, no tenían con frecuencia por refugio más que el destierro, y por aliados más que las simpatías encadenadas ó mudas de los pueblos, que los bendecían en su triunfo, pero que los abandonaban en su infortunio.

Los emperadores prometen, amenazan, suplican, perjuran, segun les conviene; alternativamente artificiosos, pérfidos, altivos ó violentos, descenden á todas las degradaciones de la bajeza lo mismo que se embriagan con todos los humos del orgullo; hacen la paz por interés y la guerra por ambicion: firman tratados sin creer en su propia palabra, reivindicando todo lo que habían abandonado y abandonando todo lo que desde luego reivindicaban; nunca sinceros, rara vez arrepentidos, fieles solamente al instinto de su despotismo: su política era estrecha, inconsecuente, egoista, verdaderamente odiosa, por lo cual se les puede echar en cara, con toda verdad, el haber mezclado y confundido entrambas potestades, puesto que para despojar á los Papas de su poder, no han cesado de suscitar ó favorecer cismas, crear ó proteger *antipapas*, y siempre han tratado de usurpar los derechos de Dios en provecho del César.

La política de los Papas, por el contrario, es uniforme, moral, generosa y decisiva para el bien público. *Uniforme*, pues que siempre han reclamado la misma libertad en cosas espirituales, y los mismos dominios en lo temporal, invocado los mismos derechos, y mostrado las mismas cartas, sin traspasar jamás sus límites, y sin jamás afectar, ni más ambicion en el triunfo, ni ménos pretensiones en la derrota: *moral*, pues que no han empleado otras armas que las reconocidas por la conciencia, el honor y el derecho de gentes; dichosos, si hacen la paz, constreñidos y forzados si

se resignan á la guerra, fuertes y nobles en su actitud, moderados en sus reclamaciones, leales en sus obligaciones: *generosa*, pues no combaten ni por ellos ni por los suyos, sino por las tradiciones de su Silla, es decir, por la libertad de la Iglesia, que defienden aun cargados de cadenas, y por la exencion de sus dominios, á la que sacrifican sus bienes, su reposo y su vida: *útil y decisiva para el bien público*, pues que han asegurado la santidad del matrimonio, impidiendo los divorcios que apetecía la liviandad de los reyes: han asegurado la libertad de las elecciones episcopales, oponiéndose á las investiduras, que daban á la Iglesia Ministros que la deshonoraban, y con esto han conservado la pureza de las costumbres sacerdotales: ellos recobraron el patrimonio de la Santa Sede, tan necesario á la independencia y á la universalidad de la accion religiosa, y trabajaron sin descanso en la libertad de Italia, y en la mejora de sus propios Estados, y realizaron en su política, como en su administracion, el tipo de gobierno el más bello, el más completo, el más digno de envidia que ofrece la historia de la Edad Media. (1)

En confirmacion de ello podríamos citar la conducta de cualquier Pontífice escogido al azar en la historia de la Iglesia; pero para que el argumento tenga más fuerza, nos fijaremos especialmente en algunos, contra cuyos supuestos abusos levantan más el grito los enemigos del Papado.

Compárese á S. Gregorio VII con el emperador Enrique IV, á Alejandro III con Federico Barbaroja, á Inocencio III con Oton y los principales sus contemporáneos, á Bonifacio VIII con Felipe el Hermoso. ¡Qué diferencia entre unos y otros! Los Papas tolerantes y oprimidos, los emperadores violentos y desleales: y, sin embargo, hay quien condena á los primeros y excusa á los segundos.

Ningun historiador imparcial desconoce las admirables dotes de todo género que adornaban á Gregorio VII. Alma grande y generosa, talento vasto, voluntad firme é inmutable, y al mismo tiempo modesto y sencillo en su vida pri-

(1) Card. Mathieu., period. 3.º, cap. 9.º

vada se consagró enteramente á realizar un gran pensamiento; la libertad é independencia de la Iglesia, así en lo espiritual como en lo temporal, y la reforma del Clero. Para esto no descansó un momento á fin de hacer cesar los desórdenes del Clero, observar la antigua ley del celibato, y extirpar de raíz el funesto abuso de la simonía; y se opuso valerosamente á las exigencias de Enrique IV de Alemania, que se obstinaba en usurpar derechos que no tenía en lo espiritual, y esclavizar á los pueblos en lo temporal.

Todo el mundo sabe la célebre cuestion de las investiduras. Pretendían los príncipes conferir las investiduras de los Obispados y Abadías que tenían anejo un feudo, entregando el báculo y el anillo, que son símbolos de la autoridad espiritual, y llegaron á persuadirse de que podían disponer de las dignidades eclesiásticas lo mismo que de las seculares, sin esperar la autorizacion de la Iglesia. Enrique IV de Alemania, no solo defendía su pretendido derecho de investidura con más teson que ninguno de sus predecesores, sino que abusaba de él escandalosamente, haciendo un tráfico vergonzoso de las dignidades eclesiásticas y dándolas á sus cortesanos ó á los que le ofreciesen más dinero. Gregorio VII no podía ménos de oponerse á estos excesos. En un principio se dirigió al príncipe amonestándole con dulzura: Enrique prometió la enmienda, pero no cumplió su palabra. Siguiéron despues las amenazas al ver que aumentaban los escándalos hasta el punto de que adornaba á sus mujeres indignas con la pedrería arrebatada á las Iglesias, y le mandó comparecer en Roma á justificarse. Irritado Enrique, reunió una dieta en Worms el año 1076, y en ella hizo pronunciar la deposicion del Papa, y tuvo la audacia de hacerlo saber por una carta con este encabezamiento: «*Enrique á Hildebrando, no Papa, sino Monje apóstata.*» A tamaño insulto respondió el Papa lanzando contra el emperador la sentencia de excomunion.

Entónces, los grandes vasallos del imperio, reunidos en Tribur, obligaron á Enrique á dejar la administracion de su reino, amenazándole que le negarían la obediencia si en el término de un año no se hacía absolver del anatema.

Marchó Enrique hácia Canosa, en donde se hallaba el Papa, y dando mil promesas hipócritas, logró ser absuelto fácilmente; pero enseguida volvió á sus malos hábitos y faltó abiertamente á sus juramentos. Viendo esto los príncipes, se reunieron en Forcheim y eligieron por su nuevo emperador á Rodulfo, duque de Suavia, á pesar de la oposicion del Papa, que quería oír á las dos partes; pero fueron tan grandes las quejas contra Enrique IV, que el Papa se vió precisado á deponerle despues de haberle excomulgado por tercera vez. En todas estas peripecias pasaron siete años de amonestaciones, de amenazas, de súplicas, de rigor y de perdon, ántes de que el Papa le depusiese definitivamente, y cuatro desde que había sido depuesto por los grandes barones y príncipes de Alemania. Tal es el primer ejemplo de deposicion, que puede confesarse para memoria de un Santo (1).

Enrique se sintió arder en sed de venganza y trató de deponer á su vez á Gregorio VII, y suscitó contra él al antipapa Guiberto, Arzobispo de Rávena, que tomó el nombre de Clemente III. Enseguida marchó sobre Roma á la cabeza de un gran ejército, se apoderó de ella y obligó al Papa á encerrarse en el castillo de San Angelo, de donde le libraron las tropas de Roberto Guiscardo, que acudieron en su auxilio. Pero las fuerzas del Pontífice estaban

(1) No convienen los teólogos en determinar por qué título pronunciaban los Papas la deposicion de los príncipes indignos. Algunos pocos sostienen que esto es en virtud de un poder directo sobre lo temporal de los reyes: un gran número, con Belarmino, dicen que es en virtud de un poder indirecto, siempre que sea necesario para defender los intereses espirituales de los fieles; y otros, por último, con Fenelon y Ab. Gosselin, no ven en este poder más que una delegacion de la sociedad dada á la Iglesia en aquellas difíciles circunstancias de la Edad Media, y de la necesidad de poner un coto á las demasías de los príncipes, lo cual era conforme á las opiniones de la época, de los mismos príncipes y al derecho público vigente. Por lo demás, nadie puede negar que el ejercicio de este poder de los Papas fué sumamente útil á la sociedad, á la libertad de los pueblos y á la moralidad de las costumbres.

agotadas con tantos sinsabores, y murió en Salerno el año 1085 despues de un glorioso pontificado de 12 años. En un Concilio que tuvo en esta ciudad, se dirigió por última vez á la cristiandad diciendo: «Todo se ha conjurado contra mí, porque nada he omitido para librar á la Iglesia de la esclavitud; todos mis esfuerzos se han dirigido á impedir que los herejes, los intrusos ó los perjuros tengan bajo su poder á los fieles hijos de la Iglesia y la manchen con sus crímenes.»

La historia ha disipado las calumnias amontonadas sobre la memoria de este gran Pontífice, que ha merecido las alabanzas de los mismos protestantes. Entre éstos, Voigt, que escribió su historia, termina su libro por estas palabras: «Difícil es dar á Gregorio VII elogios exagerados, porque ha echado por todas partes los cimientos de una gloria sólida» (1). «El nombre de Gregorio VII, dice el conde Balbo (2), blasfemado por sus contemporáneos, santificado por la Iglesia, escarnecido de nuevo en estos últimos siglos por todos los enemigos de la Iglesia, por numerosos y serviles oradores de las potestades de la tierra, reaparece por fin en la historia con la honra que le es debida, y que reconocen lealmente muchos liberales cismáticos.» «Los proyectos de Hildebrando, dice un escritor alemán, eran hijos del sentimiento más glorioso que puede hacer latir el corazón humano, pues nacían de una tierna conmiseración por las desgracias humanas, del más vivo deseo de destruir la causa de estas desgracias, y de una inteligencia capaz de poner en ejecución pensamiento tan misericordioso. En él se tendía á mejorar y civilizar la sociedad por medio de la fe cristiana y bajo la forma religiosa» (3).

Con los mismos caracteres se reprodujeron en los siglos posteriores las luchas de otros Pontífices y otros reyes.

(1) Voigt, *Historia de Gregorio VII y de su siglo*, y la traducción que la añadió el célebre Jager, Bruselas, 1838.—Muzarelli, *Defensa de Gregorio VII*.

(2) Balbo, *Historia de Italia*.

(3) Citado en la *Hist. de los Papas*, tomo II, p. 3, nota.

Siempre se observarán semejantes excesos en los príncipes, las mismas reclamaciones de parte de los pueblos, las mismas amonestaciones y temporizaciones de parte de los Papas. Urbano II, siguiendo las instrucciones de San Gregorio, continuó contra Enrique IV y el antipapa Guiberto la lucha santa que sus predecesores habían comenzado: lanzó la excomunión contra el rey de Francia Felipe I, que repudiada su legítima esposa Berta, mantenía un adúltero comercio con Bertrada en desprecio de las más sagradas leyes: sostuvo á San Anselmo, Arzobispo de Cantorbery, que se oponía á las usurpaciones de Guillermo el Rojo, rey de Inglaterra, sobre los derechos de la Iglesia, y se engrandeció sobre todo con la gloria inmortal de la primera cruzada.

El emperador Enrique IV, abandonado de sus vasallos y privado del reino por sus propios hijos, se vió reducido á la mayor miseria, hasta el punto de tener que solicitar para vivir una plaza de cantor en la Catedral de Lieja, que no le fué concedida. Su hijo Enrique V continuó dando las investiduras por el báculo y el anillo y violando en otros puntos los decretos de los últimos Concilios. Pascual II reclamó contra estos abusos, y excitó la cólera del emperador que, al frente de un ejército, marchó contra Roma. Mas en lugar de emplear la fuerza, hizo al Papa mil promesas embusteras, con el objeto de que le diese la coronación, y sus plenipotenciarios firmaron un tratado solemne en su nombre. Apenas el Papa, confiado en estas demostraciones, puso la corona sobre la cabeza del emperador, negóse éste á ratificar el tratado, y se apoderó del Papa, reduciéndole á prisión por más de dos meses. A tan inicuo proceder añadió los tratamientos más crueles para doblegar su constancia, y al fin le arrancó una Bula concediendo las investiduras con tal que no hubiese simonía. Arrepentido despues de su debilidad, y oyendo los clamores de toda la cristiandad, quiso renunciar el Pontificado en el Concilio de Letrán; pero los Padres no quisieron admitir su renuncia. Entónces anuló el privilegio concedido á Enrique, nulo ya por haber sido arrancado por violencia,

y se expuso de nuevo á las iras del emperador. Muerto Pascual, persiguió Enrique al nuevo Papa Gelasio, y suscitó contra él un antipapa en la persona de Bourdin, Arzobispo de Braga. Su sucesor Calixto II renovó todas las censuras contra el tráfico de las cosas sagradas: reunió un Concilio en Reims (el año 1119) y allí, despues de referir las promesas de Enrique, sus dilaciones, las violaciones de su palabra y los lazos que le había tendido para atraerle á Mousson y apoderarse de su persona, desató á sus súbditos del juramento de fidelidad, á ménos que no se arrepintiese y diese plena satisfaccion á la Iglesia. Este Papa tuvo la gloria de terminar esta larga contienda, y asegurar la libertad de las elecciones eclesiásticas; el emperador renunció solemnemente á las investiduras por el báculo y el anillo, y restituyó las posesiones que tenía usurpadas. El Papa le concedió que las elecciones se hicieran con su anuencia, y que concediera la investidura por el cetro, que es el símbolo del poder humano.

No por eso tuvieron paz los Pontífices sucesivos. Pero especialmente se recrudeció la lucha entre el Papa Alejandro III y Federico Barbaroja. Sabía éste que Alejandro se había de oponer á sus ambiciosos proyectos de establecer una monarquía universal, y le aborrecía desde que fué legado de Adriano IV: por lo cual hizo elegir al Cardenal Octavio, que tomó el nombre de Víctor IV, y se apoderó de Roma. Federico mandó á todos los Obispos del imperio reconocer á este antipapa, y desterró á los que rehusaron. Muerto éste, suscitó uno despues de otro otros tres antipapas, y nada omitió por sortener el cisma, lo que logró por espacio de diez y seis años. Se apoderó de los dominios de la Santa Sede y cometió inauditas crueldades en las ciudades, que, fieles al verdadero Pontífice, le oponían resistencia. Devastó y arrasó la ciudad de Milan, degollando á un gran número de sus habitantes, y ejerció las mayores crueldades en Borgoña, Italia y Alemania contra todos los que abrazaban el partido de Alejandro III.

Entretanto, éste, perseguido y fugitivo, fué á buscar un asilo en Francia; pero ántes pronunció la sentencia de ex-

comunion y deposicion contra aquel tirano. Pero los romanos le llamaban con vivas súplicas para que viniese á ayudarles á reconquistar su libertad. El Papa accedió á sus deseos y organizó la *liga lombarda*, que logró abatir la soberbia de Federico. Despues edificaron la ciudad de Alejandria, dándole este nombre en honra del Papa, jefe de la liga y padre de los fieles. El año 1176, volvió Federico á Italia con un grande ejército, y se apoderó de Roma, poniendo fuego á la Basilica de San Pedro, para obligar á la ciudad á capitular. El Papa tuvo que huir en traje de peregrino renovando el anatema contra el usurpador.

Desde entónces se hizo sentir sobre éste la mano de Dios. La peste y la derrota disiparon sus ejércitos, y se vió obligado á pedir la paz, comprometiéndose á restituir todos los dominios de que se había apoderado. No tardó en concedérsela con toda sinceridad Alejandro III, citándole para Venecia. Allí aguardó al emperador que, al acercarse á él, se quitó el manto para postrarse á sus piés; pero el Papa le alzó con mansedumbre y amor, le absolvió, le bendijo y le dió el beso de paz.

Con esto quedó asegurada la independencia italiana. Al cabo de veinte años de luchas, de persecuciones y destierros, este gran Papa descansó al fin en la victoria y en la paz, y murió el 30 de Agosto de 1181, dejando á la Iglesia un nuevo ejemplo de valor y magnanimidad. Gregorio VII había enseñado cómo los Papas combaten y mueren por la libertad espiritual: Alejandro III, enseñó á su vez á emprenderlo y sufrirlo todo por su independencia política.

«Todos los historiadores sinceros han hecho justicia á Alejandro III. No citaremos más que tres testimonios escogidos entre los protestantes y los filósofos. Sismondi ha dicho de este Pontífice y de sus sucesores: «En medio del conflicto de las jurisdicciones territoriales, el Papa era el único que se mostraba el defensor del pueblo y el pacificador de los feudatarios. La conducta de los Pontífices inspiraba el respeto y sus beneficios la gratitud.» El zuingliano Juan de Muller es todavía más explícito: «Sin los Papas, Roma ya no existiría: Gregorio, Alejandro, Inocencio, opu-

sieron un dique al torrente que amenazaba á la tierra. Sus manos paternales levantaron la gerarquía, y al lado de la gerarquía fundaron la libertad de los Estados». Voltaire distingue entre todos los Papas al célebre rival de Barbaroja: «El hombre quizá que mejor mereció del género humano en la Edad Media, fué el Papa Alejandro III. Él fué quien en un Concilio en el siglo XII abolió en cuanto pudo la esclavitud. Este es el mismo Papa que en Venecia triunfó por su prudencia de la violencia del emperador Barbaroja, y obligó á Enrique II de Inglaterra á pedir perdón á Dios y á los hombres del asesinato de Tomás Becket. Él resucitó los derechos de los pueblos y reprimió el crimen de los reyes... Si han vuelto los hombres á entrar en sus derechos, al Papa Alejandro es á quien son deudores de ello: á él es á quien tantas ciudades deben su esplendor» (1).

Algunos años despues (1198) Inocencio III vino á completar y agrandar la obra de Alejandro y de Gregorio, resucitando en su persona el génio de los dos. Ningun Pontífice llegó á colocar en más alto grado de gloria y autoridad la Silla Apostólica, ni atendió á más importantes y numerosos negocios.

Su pensamiento era asegurar la independenciam de la Iglesia, asegurando su influencia sobre toda la cristiandad, restaurar la disciplina, destruir las herejías, rescatar la Tierra Santa y dar la libertad á Italia.

Para esto era preciso asegurar su propia libertad de accion. Con esta mira confirió él mismo la investidura al prefecto de Roma, haciéndole prestar juramento de fidelidad. De este modo el prefecto cesó de representar al emperador y se convirtió en uno de los primeros Ministros del Papa. Reprimió los abusos del senador, y le devolvió al verdadero carácter de su cargo; tomó bajo su proteccion la *liga lombarda*, y estipuló una alianza con las ciudades de

(1) Citados por el Card. Mathieu, *obra cit.*, período 3.^o cap. 6.^o

Toscana, para defenderse mutuamente del emperador de Alemania. Así logró Inocencio III reconquistar los bienes que Enrique VI había arrebatado á la Iglesia, y librar á la Italia de la dominacion extranjera.

Desde entónces pudo extender su vasta influencia sobre todos los pueblos cristianos. En España hizo que el rey de Leon rompiera el matrimonio que había contraído con su sobrina; el rey D. Pedro de Aragon recibió la investidura real, comprometiéndose á pagar un tributo anual á la Santa Sede: hizo entrar en su deber á D. Sancho I de Portugal, que había rehusado pagar el impuesto prometido por su padre, maltratando además al Obispo de Oporto. En Polonia favoreció á Lescek el Sábio contra su enemigo Ladislao Laskonogi, haciendo respetar su soberanía, y al mismo tiempo reformando á su Clero. En Hungría fué nombrado árbitro entre Andrés y Emerico, hijos del rey: sometió la Dalmacia á su dominacion espiritual: la Armenia, la Bulgaria y la Servia aceptaron á los reyes que él puso á su cabeza, y los reyes de Francia, de Inglaterra y de Alemania no pudieron ménos de reconocer su autoridad.

En medio de tan graves negocios reúne el XII Concilio ecuménico de Letrán, y reforma las costumbres del Clero y la disciplina: aprueba las dos grandes Ordenes religiosas de los Franciscanos y los Predicadores: abate la perturbadora herejía de los albigenses, y organiza la cuarta cruzada, á la cual se debió asegurar el imperio latino de Constantinopla, y detener las invasiones de los turcos, sin contar que se preparó su reunion á la Iglesia Romana.

Un Pontífice tan lleno de gloria no podía ménos de ser odioso á los enemigos del Papado, que han hecho todo lo posible por denigrar su memoria.

Ellos acusan á Inocencio III de avaricia, siendo así que es notoria su liberalidad. Un solo hecho citaremos en prueba de esto: en la cruel hambre que afligió á Roma en los primeros años del siglo XIII, alimentó á su costa á más de 8.000 personas, y agotados sus recursos, vendió su vajilla de plata y la sustituyó con otra de barro. Además, todos

saben con qué energía y severidad se opuso á la venalidad de la curia romana.

La afrentosa calumnia de que jamás condenó á ningun hombre que tuviese dinero, queda refutada por todos los actos de su pontificado: de los cuales aparece que no dejó impunes los excesos de los poderosos, por elevada posicion y riquezas que tuviesen.

Le acusan tambien de ambicioso y soberbio, por haber defendido con tanta energía los derechos sobre los dominios temporales de la Iglesia, sin considerar que esto constituye su mayor gloria, porque era el cumplimiento de su deber. Aquellos derechos eran tan ciertos en tiempos de Inocencio III como lo son en nuestros dias, y hubiera sido una falta no defenderlos contra los usurpadores.

Si para hacer cumplir á todos sus deberes empleó con frecuencia las censuras eclesiásticas, es porque la Iglesia no tiene otras armas, ni en aquella época eran eficaces otros medios. Pero es falso que abusó de las censuras hasta el extremo de que las quitó su prestigio, pues todos los monumentos de la época demuestran que siempre consiguió con ellas el objeto que se proponía al lanzarlas. Mas ántes de llegar á este punto, agotaba todos los medios de persuasion, consejos, amenazas y áun ruegos, y dejaba pasar mucho tiempo, y solo en último extremo empleaba el rigor.

Buena prueba de esto es la conducta que observó Inocencio III con los reyes de Francia y de Inglaterra y el emperador de Alemania, sobre lo cual levantan algunos sus mayores clamores contra este Papa.

Felipe Augusto, rey de Francia, casado con Ingelburga, hermana del rey de Dinamarca, la repudió al dia siguiente de su matrimonio sin saber por qué causa, y trató de divorciarse alegando que eran parientes dentro del grado prohibido. Hizo reunir un Concilio de algunos Obispos, en quienes confiaba, y declararon que el matrimonio era nulo, aunque Ingelburga decia que había sido consumado. Noticioso el Papa Celestino III, declaró sin ningun valor la sentencia de aquel Concilio, reprendió fuertemente á los Obis-

pos que lo compusieron, y prohibió al rey que se casase con otra como eran sus designios. Irritado Felipe, mandó apresar á los Legados del Papa; y pasado algun tiempo, se casó con Inés de Melania, el año 1196.

Cuando Inocencio III ocupó la Silla Apostólica el año 1198, no pudo tolerar este escándalo, que en vano había tratado de impedir Celestino III. Además, le suplicaban vivamente Ingelburga y el rey de Dinamarca que pusiese remedio á este mal y excomulgase al adúltero. Inocencio escribió al Arzobispo de París para que persuadiese al rey á que tomase á Ingelburga. Escribió despues al mismo rey, y no consiguiendo cosa alguna, le envió un Legado que le amenazase con el entredicho. Por espacio de otros diez meses esperó alguna señal de enmienda de parte del rey, pero no dándola, escribió Inocencio á todo el Clero de Francia anunciando el entredicho. El 6 de Diciembre de 1199, el Legado del Papa tuvo por su órden un Concilio, y habiendo ido dos Abades á invitar al rey, éste los hizo arrojar ignominiosamente de palacio.

Agotados, pues, todos los recursos, y despues de repetidas amonestaciones, se pronunció el entredicho el año 1200. Entónces el rey, lleno de soberbia, apresó y desterró á los Obispos que lo observaban, y al mismo tiempo envió una embajada al Papa; pero éste permaneció inflexible, mientras no dejase á Inés y tomase á Ingelburga. Por otra parte, innumerables personas, áun de sus mismos cortesanos, y sobre todo los habitantes en las fronteras, se marchaban á otro reino para no estar privados de los bienes de la religion. Y, por fin, un consejo de los grandes del reino le representó que era preciso obedecer al Papa. Por lo cual, lleno de despecho, tomó al fin á Ingelburga en Noviembre del año siguiente; pero su reconciliacion no fué sincera, ni la tuvo como esposa, ni como reina.

A pesar de todo se mandó levantar el entredicho. El Papa no dejó de consolar á Ingelburga por todos los medios posibles, y por espacio de otros diez años estuvo insistiendo, hasta que al fin, el año 1213, Felipe Augusto la introdujo en su cámara, y ya no se separó de ella mientras vivió.